

# Yo me lo merezco. De la vieja hipocresía a los nuevos cinismos

GUILLERMINA TIRAMONTI\*

Desde hace 20 años, Paula Sibilía se esfuerza por entender el mundo contemporáneo y nos ofrece sus conceptualizaciones a través de una producción que echa luz sobre nuestra realidad cotidiana. El texto que estamos aquí presentando se propone brindarnos una visión que incluye muchos de los hallazgos propios y de otros autores que en los últimos años la acompañan en este esfuerzo de descubrirnos el mundo en que vivimos.

El ensayo de Sibilía se sustenta en una premisa básica y es que estamos atravesando una modificación del “suelo moral” que fue labrado por el racionalismo universalista del iluminismo europeo de fines del siglo XVIII, momento en el que se erigió la cultura de la modernidad. Cada época enfrenta sus laberintos. En la era moderna, el sustento moral de la sociedad fue el sufrimiento, la represión del deseo y su sublimación. Hoy asistimos al reemplazo de la represión por el deseo a través de una ambigua articulación entre control y estimulación.

Estamos viviendo una transfiguración del capitalismo que genera a su vez la transformación de las premisas morales con las que se configuran las conciencias individuales y las dinámicas de funcionamiento de las sociedades actuales. El motor, el hacedor, el responsable del cambio es el capital y sus empresarios. En la etapa moderna fue la hipocresía la que permitió sostener una construcción de instituciones, reglas, principios y valores que si bien eran funcionales a las exigencias del capital, se presentaban como las que permitían el logro del bien común.

Las movilizaciones de las décadas del '60 y '70 pusieron en tela de juicio el conjunto de instituciones que vertebraron el proyecto moderno. Ninguna quedó fuera de la acusación de hipocresía, fundamentalmente la familia y la escuela.

Sin embargo, no fueron estos denunciadores los que modificaron la trama moral, sino que por el contrario este proceso de destrucción permitió el surgimiento de los “cínicos”, los “post-hipócritas” que, aprovechando este suelo devastado, han comenzado a vociferar sus supuestas “verdades” que se manifiestan con expresiones como “yo digo lo que se me ocurre y hago lo que quiero porque me lo merezco”. Se pasa así de la represión a la excitación.

El camino de un punto a otro está jalonado de desconuelos imprevistos fruto de una cultura que exalta y persigue el goce individual,

Recibido el 15 de noviembre de 2024 | Aceptado el 30 de noviembre de 2024

## Reseñas Libros



Sibilía, Paula

*Yo me lo merezco. De la vieja hipocresía a los nuevos cinismos*, Buenos Aires: Editorial Taurus, Buenos Aires, 2024, 128 pp.

97

DOSSIER / ENTREVISTA / ARTÍCULOS / RESEÑAS

en vez de posponerlo (como sucedía anteriormente) en nombre de entidades colectivas consideradas superiores o trascendentes.

Sibilia recorre las dimensiones de la cultura burguesa y caracteriza el malestar que éstas generaron y a la vez identifica los diferentes cambios en la cultura que produce las ensoñaciones del consumismo, las tentadoras ofertas de las propagandas audiovisuales y los espejismos de la sociedad del espectáculo.

Los deseos dejaron de ser mal vistos y ahora se canalizan productivamente, cebando sin nunca saciar la sed de dominación del capital. El neoliberalismo reforzó la primacía del marketing y acaparó no sólo los comportamientos sino también la imaginación, las expectativas y las motivaciones individuales.

El espíritu emprendedor penetró en todas las instituciones, capitalizando las energías de modo cada vez más generalizado como si no hubiera alternativa a esta cosmovisión mercantilista. Con la instauración del credo emprendedor, la regulación de la sociedad y sus individuos se realiza a través del control-estimulación. Que se da mediante una estimulación al goce irrestricto y la expansión de las posibilidades supuestamente ilimitadas que cualquiera puede conseguir.

De aquí que se presuma que cada existencia individual puede pretender superar las duras limitaciones que la biología corporal le impone. El paso del tiempo y el envejecimiento, las definiciones del sexo o de la muerte.

Si todo es posible y todo nos merecemos, la frustración es inevitable y además atribuible a cada individuo. No en pocas ocasiones, para hacer frente a las frustraciones, el sistema ofrece soluciones apaciguadoras que generan más demandas como drogas variadas, estrategias sanadoras produciendo una permanente retroalimentación.

Lo que hoy se promueve, según Sibilia, es una especie de dependencia, tanto física como psicológica, de los más diversos estímulos y placeres. Las empresas han adoptado el modelo de negocio basado en algoritmos capaces de adelantarse a los deseos del consumidor y nos ponen a merced de los frutos de la tecnología.

La autora nos advierte que las tecnologías no son neutras, no es cierto que se las pueda usar de cualquier forma o que su provecho depende del modo en que se use. Toda herramienta supone cierta forma de manejarla y nos estimula a que hagamos con ella determinado uso y no otro. A su vez, la forma de apropiarnos de la tecnología define modos de vida. El ejemplo más obvio es el del uso siempre excesivo de los celulares, dado que para eso se inventó.

El malestar asociado a la experiencia temporal ya no es fruto de las prohibiciones y coerciones. El problema no surge de la excesiva severidad de los límites establecidos a los ciudadanos, sino por el contrario, de la dificultad para enfrentar las posibilidades supuestamente ilimitadas que se les ofrecen. Al multiplicarse tanto las opciones disponibles como las chances de concretarlas, aumenta también la lista de deseos frustrados y, por lo tanto, una deuda en la que confluyen según la autora, dos vertientes en pugna: la ansiedad intrínseca a la promesa del consumo ilimitado y la frustración que genera constatar los propios límites.

A su vez, la autora trata muy someramente el tema de la escuela, nos señala que hay cierta incompatibilidad entre la conexión permanente a la que nos incita la tecnología

y la dinámica que nos exige la escuela. Hay cambios en el uso del tiempo del espacio, de la presencialidad y lo virtual que cada vez se distancian más de lo que originalmente llamábamos clases.

Sibilia nos ofrece un cierre que explica pero no alienta la mirada sobre el futuro:

*“las liberaciones que se dieron tras la descompresión de los deberes disciplinarios son evidentes y bienvenidas, pero hay un detalle a considerar. Aquella contención limitadora que nos sacamos de encima tenía un efecto centrípeto a nivel colectivo, pues reprimía e inhibía las pulsiones propias y ajenas. Lo hacía en nombre de valores considerados superiores. En cambio, los deseos que ahora brotan a borbotones en nuestro suelo moral detentan una vocación centrífuga, puesto que tienden a atomizar y polarizar generando caos, rupturas y conflictos” (Sibilia: 2024: 119).*



\* Guillermina Tiramonti es especialista en Políticas Educativas; Investigadora del Programa Educación, Conocimiento y Sociedad, Área de Educación, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, sede Argentina. E-mail: [tiramonti@flacso.org.ar](mailto:tiramonti@flacso.org.ar)